



ENTREVISTA AL DR. MARTÍN GRASSI



Martín Grassi

En este primer número de *MEDICA REVIEW* de 2023, la Revista entrevista al filósofo argentino Dr. Martín Grassi, Investigador Asistente del Consejo Nacional de Ciencia y Técnica y Profesor de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de Los Buenos Aires. La revista desea agradecerle por aceptar la invitación para la participación especial en este número.

Significado de las abreviaturas:

MR [*MEDICA REVIEW*]

MG [Martín Grassi]

MR – ¿Podría el profesor reconstruir un poco sobre su biografía, formación y lo que motivó su interés por la Filosofía?

MG– Presentar una biografía implica siempre interpretar nuestro pasado a partir de un proyecto, motivado por un futuro en el que nos comprometemos como protagonistas. Creo que mi historia con la filosofía no se separa de mis inquietudes tempranas por encontrarle un cierto sentido a la existencia, una búsqueda de sentido que no se separaba de una especial inclinación por las expresiones artísticas (tanto musicales, literarias y pictóricas). En esa especie de maridaje entre la creatividad y el análisis, encontré en la filosofía un espacio de escritura y de reflexión que se abría paso en la forma de un proceso creativo y significativo. Este maridaje pudo expresarse con claridad cuando tuve mi primer acercamiento a la disciplina filosófica, en el colegio secundario, gracias a mi profesor, Francisco Saguier. Allí, frente a las preguntas y meditaciones de los grandes filósofos, pude reconocer una vocación, un llamado en el que veía reflejado mi manera de encarar la vida. No es un dato menor el hecho de que siempre tuve una conexión muy fuerte con lo religioso, lo cual siempre me llevó a entender que la filosofía tiene algo que ver con una cierta búsqueda de la verdad (sea cual sea la figura con la que se presente esta palabra). Por eso, a mis ojos, la filosofía no es nunca una mera técnica de lectura, o una mera profesión pública, sino ante todo un compromiso vital; y el filósofo no es un funcionario ni un trabajador, sino un artista. Mi camino en la filosofía se enmarca, por esta razón, dentro de la academia y de las instituciones científicas de una manera particular, porque hay una dimensión de búsqueda que no encuentra en estos ámbitos un espacio del todo apropiado para este compromiso existencial. Por ello, por un lado, mi vocación filosófica no se separó del servicio a la comunidad, es decir, de su compromiso con los prójimos cuyo drama se entreteje entre las estructuras políticas y las búsquedas de sentido. Por otro lado, gran parte de mi escritura filosófica es ensayística,

siendo el ensayo una escritura entre lo artístico y lo científico, entre la búsqueda de la belleza y la búsqueda de la verdad. Este carácter mestizo del ensayo muchas veces no es apropiado para las publicaciones científicas y académicas, por lo cual mis libros de ensayos son como un paria que habita la escena filosófica-académica sin ser realmente parte de ella, es decir, sin tener carta de ciudadanía en esos territorios. Por último, mis producciones académicas y mis investigaciones científicas se enmarcan en la necesidad de un diálogo con la comunidad científica-filosófica para poder lograr cierto rigor en la conceptualización y en la historización de nuestra tradición filosófica. Un poco esquizofrénicamente, mi labor filosófica se mueve en esos tres medios, y parte de mi proyecto vocacional se juega en lograr cada vez una síntesis más cabal entre ellos. Sin embargo, desde un principio, mis investigaciones científicas (en la licenciatura y luego en el doctorado) han apuntado siempre a cuestiones filosóficas que se concentran en problemáticas existenciales, éticas y políticas. La elección de Gabriel Marcel para mis primeros trabajos académicos no fue azarosa, ya que se trata de un filósofo existencial, de un maestro del género ensayístico, que también atendía a la dimensión ético-política del ser humano. Por ello, también, mi continuación en la investigación como becario postdoctoral con la obra de Paul Ricoeur buscaba subrayar la atención a las instituciones políticas para darle un marco más concreto e histórico (más hermenéutico) a los problemas de la existencia humana. En estos últimos años, esta preocupación por el sentido de la existencia en el marco de una filosofía política me ha llevado a dialogar con la biopolítica, la deconstrucción y con la teología política.

MR – Ahora, acerca de su camino de investigación, que se inició con la obra de Gabriel Marcel sobre el tema del cuerpo y la encarnación y continuó, entre otros autores más recientes: ¿Cuáles fueron las motivaciones que le llevaron a trabajar con tal fuente y perspectiva temática en el contexto más amplio de la Fenomenología?

MG – Mi encuentro con Gabriel Marcel fue anterior a mi descubrimiento de la fenomenología. En mi primer año de mis estudios universitarios en filosofía había conocido la obra de Soren Kierkegaard, y su libro *La enfermedad mortal* me abrió todo un mundo de problemas y de formas de encarar la cuestión metafísica y teológica acerca del mal y de la desesperación. A partir de mi pasión por la filosofía de Kierkegaard es que llegué al nombre de Gabriel Marcel. Me despertó curiosidad ver de qué forma el existencialismo podía adoptar diversas formas, sobre todo teniendo en cuenta que uno provenía del protestantismo y otro era un converso al catolicismo: las diferencias religiosas siempre impactan en el modo de hacer filosofía. La sorpresa fue enorme, porque Marcel era no solo filósofo, sino músico y dramaturgo, dos disciplinas que me apasionaban profundamente. Pero más aún, su forma de existencialismo era radicalmente distinta a la del filósofo danés, sobre todo porque era un existencialismo de la segunda persona, o mejor de la primera persona del plural, del *nosotros*. Ello se debía principalmente a que Marcel provenía de una doble vertiente: de la tradición espiritualista francesa y del neo-hegelianismo inglés. Por ello, la pregunta por el «ego» pensante y actuante (en la estela de Maine de Biran) y la cuestión de la intersubjetividad no podían separarse para Marcel. La sintonía que sentí con Marcel no fue solo teórica, sino existencial y dramática, porque fue en ese tiempo cuando mi padre falleció repentinamente en un accidente de auto. Todas las elucubraciones metafísicas en torno al mal se desplomaron, pero también todas aquellas reflexiones existenciales acerca de la muerte propia... el verdadero drama se encontraba en la muerte del ser amado. Para Marcel eso era clarísimo, y su escritura entera está herida por la muerte de su propia madre: la muerte es, en realidad, un contrapunto del amor, y no de una libertad que se proyecta al futuro. Leer a Marcel fue para mí, por esta razón, parte de mi proceso de duelo por la muerte de mi padre. Y estaré siempre en deuda con Marcel por haberme dado palabras al sufrimiento que atravesé en esos tiempos (y que aún hoy persisten bajo otras modalidades). Supe entonces que me dedicaría a la filosofía de Marcel, y comencé un proceso de investigación que me llevaría a la tesis de licenciatura en filosofía en la Universidad Católica Argentina. Fue en este proceso en el que me encontré con mi maestra y mi formadora, a quien le debo toda mi carrera como investigador: Graciela Ralón de Walton. En mi cuarto año de estudios, la Dra. Ralón fue mi profesora y nos enseñó la obra de Husserl, de Merleau-Ponty y de Patocka. Su pasión por la filosofía, su conocimiento preciso y profundo de la fenomenología, pero también su calidez y su generosidad personal, me cautivaron inmediatamente, y le pedí que fuera mi directora en la licenciatura. Si bien yo estaba pensando en cuestiones más cercanas a la metafísica y a la teología filosóficas, al saber que los intereses de la Dra Ralón se acercaban a las cuestiones sobre la corporalidad, creí oportuno hacer esta primera pesquisa acerca de uno de los temas principales de la

obra de Marcel: la «encarnación» como punto de partida de todo pensamiento metafísico. Fue así como enmarqué mis estudios marcelianos en el paisaje más amplio de la fenomenología, y la cuestión de la corporalidad pasó a un primer plano en mi camino filosófico. Pero este «injerto» de un pensamiento existencial en el tronco fenomenológico se lo debo absolutamente a mi querida y admirada directora, Graciela. Fue ella también la que me sugirió que continúe mi formación en filosofía con un doctorado auspiciado por el CONICET y que realicé en la Universidad de Buenos Aires. Fue ella la que me acompañó y me sigue acompañando en estos ya casi 15 años de investigación filosófica: mi carrera académica se la debo enteramente a ella, y a ella estaré por siempre agradecido por su cordial e inteligente dirección y magisterio. Y lo interesante es que mi propia aproximación a la fenomenología y a la hermenéutica, luego, fue desde una perspectiva existencial, puesto que fue de la mano de Marcel. Y Marcel mismo fue un pensador cercano a la fenomenología, sin ser él parte de esta tradición. Si bien el tema de la «encarnación», tal como la trató en sus escritos, influyó mucho en la fenomenología de Merleau-Ponty, y a través de ella en el resto de los pensadores de dicha tradición, Marcel prefería una filosofía más metafísica, por lo cual hablaba de su filosofía como una *hiperfenomenología*. Y fue por esta perspectiva más metafísica que mi trabajo doctoral se centró en su filosofía de la «participación», en la que la subjetividad (la primera persona del singular) se modulaba siempre en la forma de una comunión, como un singular que era tal solo porque estaba atravesado por la proposición *con*: existir es coexistir, «esse» es «co-esse», tal es la fórmula que fue para mí siempre la brújula de todas mis disquisiciones filosóficas. El «nosotros», tal es a mis ojos el verdadero tema de la filosofía.

MR – Has realizado prácticas de investigación avanzada en Europa. Cuéntanos un poco sobre estas experiencias.

MG – A partir de esta atención al problema de la comunión y de la comunidad, en un determinado momento posterior a mi doctorado se presentó la posibilidad de participar en un Congreso interdisciplinar acerca del concepto de vida organizado por un proyecto de la Universidad de Oxford y financiado por la John Templeton Foundation. Fue en ese momento en el que mi investigación filosófica tomó un nuevo rumbo. El problema principal era no tanto qué significa coexistir, sino convivir. El cambio en el verbo, pasando del verbo ser/existir al verbo vivir, implicó un cambio radical en mi método filosófico. El problema era ahora de tipo hermenéutico-deconstructivo: en Occidente, los discursos en torno a lo viviente y a la vida se construían —a mi modo de ver— sobre el uso del prefijo *autos*, por lo cual la vida era, ante todo, un fenómeno de tipo reflexivo, cuya principal característica era esa dimensión del viviente por la cual el ser vivo se relaciona primeramente consigo mismo. La relación con los otros pasaba, por ello, a un segundo plano, y la convivencia era o bien un dato anecdótico o bien algo innecesario. Mi nueva hipótesis era entonces que, hasta que no se cambiara el paradigma acerca de lo viviente, no podríamos nunca acceder a un verdadero pensamiento de la comunión o de la relación. La hipótesis precisaba de un trabajo histórico-crítico, una historia del concepto de vida que atendiera a los distintos discursos que tomaban a la vida como objeto, desde la biología a la política, desde la ética a la teología. Esta historia, a su vez, debía atender a toda la tradición occidental, desde el siglo V a. C. hasta nuestros días. El resultado de dicha investigación se cristalizó en el libro que se acaba de publicar en Argentina: *Una historia crítica de la idea de vida: El paradigma bio-teo-político de la autarquía* (SB editores, 2022). En esta nueva investigación fue fundamental la intervención y la ayuda de mi amigo, el filósofo Ignacio Silva, quien me incentivó y me acompañó en mi postulación a una beca post-doctoral de la Universidad de Oxford auspiciada por la John Templeton Foundation, gracias a la cual trabajé durante 6 meses en la Universidad de Bonn y en la Universidad de Oxford, y en la que llevé adelante este proyecto interdisciplinar que aunaba a la filosofía con la teología y con la política y la biología. El Dr. Silva fue mi director de la beca en el Iam Ramsey Center for Science and Religion de la Facultad de Teología y Religión de la Universidad de Oxford, y la Dra. Cornelia Richter fue mi directora en el Institut für Hermeneutik de la Universidad de Bonn. Esta primera estadía post-doctoral fue central para anoticiarme de un concepto que jugó en Occidente un rol fundamental, aunque fuera muchas veces desatendido: el concepto de *pneuma*, o *spiritus*, y que nosotros traducimos hoy por «espíritu». Este concepto me permitió abrir una nueva investigación crítica, hermenéutico-deconstructiva, acerca de nuestra manera occidental de pensar la comunidad en términos de totalidad organizada. De alguna manera, este concepto de *pneuma*, que comienza a ser un término técnico en la medicina griega, pasa luego a la fisiología de Aristóteles, luego a la cosmología estoica, luego a la teología cristiana (en la que el Dios trinitario incluye al «Espíritu

Santo»), y llega hasta las fisiologías y antropologías modernas, este concepto, digo, tiene una función fundamental: es el elemento que mantiene unido una pluralidad, que construye un sistema a partir de elementos singulares. Esta nueva investigación se entroncaba con el examen de la historia del concepto de vida, y era también funcional a ella: la vida es un fenómeno de auto-organización, y el elemento mismo que realiza dicha organización es el *pneuma*. Durante dos años y medio, me desempeñé como becario de la Alexander von Humboldt Stiftung en el Institut für Hermeneutik de la Universidad de Bonn y en el Institute de Sciences politiques y juridiques de la Universidad de La Sorbonne (Paris I-Panthéon), bajo la dirección de la Dra. Cornelia Richter y del Dr Renaud Barbaras, y llevé adelante esta investigación sobre el concepto de *pneuma*. Mi hipótesis es que podemos encontrar en este concepto el hilo conductor para dar con el fundamento teórico de un pensamiento político totalitario de Occidente, el cual piensa siempre la comunidad y la convivencia dentro del marco de una totalidad organizada. El producto de estos años de investigación es el libro *The Ghost of Totalitarianism* (Mohr Siebeck, 2023). Estos años en Europa fueron centrales para mi trabajo filosófico, porque fueron años de mucho estudio y de una dedicación exclusiva a la preparación de este libro monográfico, con un acceso casi irrestricto a la bibliografía necesaria, y sobre todo con la posibilidad de un diálogo intenso con filósofos y teólogos europeos.

MR – ¿Qué otros proyectos teóricos tiene en mente?

MG – Ser becario de la Alexander von Humboldt Stiftung fue un privilegio excepcional, porque la fundación funciona con un sistema de *alumni*, que significa que una vez que uno es parte de la fundación como académico, uno cuenta con un continuo programa de apoyo y de patrocinio. A su vez, la Dra. Cornelia Richter es una directora extraordinaria con la que aún estamos en proyectos de colaboración, y gracias a quien he podido acceder a una nueva beca como *visiting scholar* del programa de excelencia académica de la Universidad de Bonn durante dos semanas en Mayo del 2022. Dentro de esta colaboración, estamos preparando nuevos proyectos de investigación que involucren a filósofos y teólogos argentinos y alemanes, y que continúen profundizando en los desplazamientos semánticos entre la teología, la metafísica y la política, teniendo como foco principal el problema de la comunidad. A su vez, como profesor de la Universidad Católica Argentina y como investigador del CONICET, sigo trabajando para llevar adelante trabajos interdisciplinarios que puedan dar cuenta del problema de la comunión y de la vida, atendiendo a los diversos discursos, como los de la política, la biología, la sociología, la psicología, la teología, y la metafísica. Es un trabajo fascinante, sobre todo porque implica un diálogo continuo con diferentes disciplinas y una atención a los modos en que estas abordan y tratan un tema que las convoca a todas.

MR – También participó en algunos proyectos filosóficos en Brasil. ¿Qué significado histórico-personal tiene esto para usted?

MG – Fue gracias a Graciela Ralón que conocí al Dr Claudinei Aparecido Freitas da Silva, quien participo en un Simposio sobre la fenomenología de Merleau-Ponty en Buenos Aires, y a partir de ese momento mantuvimos siempre una relación de amistad y un diálogo intenso como filósofos, sobre todo porque también él comenzó a profundizar en la filosofía de Gabriel Marcel. Junto con Claudinei tenemos la idea de generar un espacio o un fondo de estudios marcelianos en Latinoamérica, para dar así a conocer a este pensador tan peculiar. En el año 2015 Claudinei me invitó a participar del Simposio de Filosofía Moderna y contemporánea que se hizo en la Universidad Unioeste, en la sede de Toledo (Brasil). Allí conocí a colegas extraordinarios y mantuvimos discusiones muy productivas. Es gracias a Claudinei que he podido conocer más el mundo filosófico de Brasil, un mundo vasto y enorme que, creo, generalmente no solemos conocer demasiado. Lamentablemente la barrera idiomática a veces no ayuda para pensar la academia latino-americana en su doble lengua hispano-portuguesa. Y, sin embargo, creo que es fundamental que se profundice en esta unidad latino-americana, sobre todo atendiendo a la inmensidad de investigaciones que tienen lugar en Brasil, y la excelente calidad de sus producciones filosóficas. Es mi intención promover todo lo posible este intercambio y este diálogo entre Argentina y Brasil, y espero que sea Gabriel Marcel una vez más la ocasión propicia para que este acercamiento tenga lugar.

MR – ¿Cuál es su posición respecto a la presencia de la Filosofía en la educación secundaria en Argentina? ¿Cuáles son las implicaciones desde el punto de vista de las políticas públicas?

MG – La enseñanza de la filosofía aún tiene lugar en la escuela secundaria (o media) argentina. Sin embargo, y creo que se trata de una tendencia mundial, la cantidad de horas de enseñanza de la filosofía se redujo en los últimos años. Esta tendencia a la desaparición de la enseñanza de la filosofía parece ser la expresión de un Occidente cada vez más preocupado por generar ciudadanos competentes para los trabajos técnicos y productivos, desestimando todo aquello que parezca inútil o improductivo. El lado positivo de este diagnóstico es que la filosofía no está siendo censurada en nombre de un Estado o de unas políticas totalitarias. Pero el aspecto negativo de este diagnóstico es que esta censura pasa inadvertida como tal. Si la filosofía fuera prohibida en nombre de una ideología política o de una fuerza opresora y despótica, entonces los ciudadanos intentarían resistirse a la desaparición de esta disciplina que es esencialmente crítica. Pero la filosofía hoy va desapareciendo en nombre de un mundo que facilita cada vez más el consumo y que prepara a sus ciudadanos a desempeñarse exitosamente en un trabajo productivo. La necesidad de la filosofía como una instancia crítica que promueve un modo de vida más humano queda eclipsada por una extraña convicción que es la de que no necesitamos pensar cómo podemos vivir mejor, sino que es suficiente para vivir bien tener los bienes de consumo al alcance de la mano -y de la billetera. Tal, creo, es la trampa mortal de la ideología consumista: despojar a los hombres de cualquier deseo de verdad, o de cualquier necesidad de búsqueda de sentido. Sin embargo, y esto puede verse en Argentina también, las cuestiones medio-ambientales, las cuestiones del feminismo, y un cierto hartazgo respecto a una vida centrada solo en el consumo, han despertado también un renovado interés en la filosofía. En nuestro país, por ejemplo, hay varios filósofos y filósofas que hacen un trabajo estupendo de divulgación de la filosofía, acercando esta disciplina bastante compleja a quienes buscan comprender el enigma de la existencia, pero que carecen de todo el arsenal conceptual de la tradición filosófica. Ahora, a la vista de los últimos acontecimientos en Occidente y en el mundo entero, tanto el que concierne a la pandemia del COVID-19 y de la guerra entre Rusia y Ucrania, ante la debilidad cada vez más palpable de las instituciones políticas modernas, la filosofía debiera volver a aparecer en el paisaje público para poder volver a preguntarnos qué esperamos como seres humanos y qué tipo de cultura política y ética debiéramos construir para la posteridad.

MR – ¿Cómo evalúa la importancia de las Humanidades y, en particular, de la Filosofía en un diálogo creciente con otras áreas del saber?

MG – Pero no sería justo decir que la desaparición de la filosofía se debe tan solo a factores externos a la práctica filosófica. Hay también una responsabilidad de los filósofos y de las filósofas en este repliegue de la filosofía en el paisaje público, que, a mi modo de ver, se debe a la falta de interacción que tiene la filosofía respecto a las demás ciencias y disciplinas. Claro que esta cuestión de la relación de la filosofía con las demás ciencias tiene una historia que se remonta al nacimiento mismo de la filosofía. Pero la especie de hegemonía que la filosofía tuvo sobre los demás saberes durante muchos siglos está hoy cuestionada, también porque la idea de que mediante ella podemos llegar a una verdad absoluta y apodíctica que proveyera a las demás ciencias de un fundamento epistemológico es hoy prácticamente impensable. La misma tradición filosófica fue la que llevó adelante esta crítica de sí misma como discurso fundante, como «madre de todas las ciencias». Por ello, hoy la filosofía está a la par de las demás disciplinas, y debe entablar con ellas un diálogo más de tipo democrático, y no monárquico o despótico. En este diálogo horizontal, la filosofía tiene que comprenderse nuevamente a sí misma y encontrar su sentido en el mapa de los discursos, ciencias y artes. La vocación de universalidad de la filosofía la convierte en una interlocutora fundamental para el diálogo general entre todas las disciplinas, pero esta misma vocación también la torna vulnerable, porque es difícil de entender cuál es su aporte propio a este diálogo. Fácilmente puede reducirse la filosofía a la lógica, a las matemáticas, a la física, a la psicología, a la sociología, etcétera. Pero, como en toda invención de la identidad (invención significa, a la vez, descubrimiento y creación), la filosofía solo podrá comprenderse a sí misma gracias a este diálogo, gracias a esta confrontación con lo que no es ella misma. En mi caso, este diálogo disciplinar comenzó ante todo luego de mi doctorado, primeramente influido por la hermenéutica de Ricoeur, y luego por el objeto de mi estudio, que es la idea de vida, una idea que involucra necesariamente a muchas disciplinas (a diferencia de la idea de «ser», que definió tradicionalmente la matriz metafísica de la filosofía, y cuya abstracción la inmunizaba de algún modo

respecto a los otros discursos). De qué modo debiera llevarse a cabo este diálogo interdisciplinar, y qué es aquello que la filosofía debiera ante todo aportar a este juego semántico, es algo que está todavía en construcción. Pero algo es seguro: de no encontrar este nuevo lugar entre las demás disciplinas, la filosofía terminará de desaparecer de nuestra cultura occidental, porque no solo es inútil en tanto improductiva, sino porque se transformará en una especie de cementerio de lo que alguna vez fueron ideas vivas y vivificantes, de ideas que proporcionaban los recursos necesarios para una crítica de nuestras culturas y de nuestros modos de ser comunidad.